



Radiante juventud

Buddy Rogers y veinte estrellas



25
CTS

McLEOD, Norman Z.
Y CORRIGAN, Lloyd

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm. 24 PARAMOUNT 25
EDICIONES BISTAGNE
PASAJE DE LA PAZ, 10 bis-BARCELONA
Cts.

"Along Came Young, 1930"

RADIANTE JUVENTUD

Deliciosa novela, interpretada por diez y seis nuevas
estrellas, alumnos graduados en la Escuela de
Actores de la Paramount.

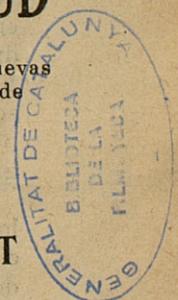
Es un film **PARAMOUNT**

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor, Cortes, 719 - Barcelona



Radiante juventud

Argumento de la película

Teddy Ward era un joven que, como la mayoría de los jóvenes, sólo pensaba en divertirse. Sus aspiraciones le inclinaban hacia el arte, pero el dinero de su señor padre era un obstáculo para su carrera artística. Su padre era el rey de los hoteles, poseyendo una extensa colección de ellos, buena parte de cuyos beneficios se encargaba su hijo de derrochar a manos llenas.

Teddy vivía en Greenwich, el barrio de los artistas de Nueva York. En la habitación que Teddy poseía, reuníase a menudo la más radiante y bulliciosa juventud; todo era allí alegría, baile y diversión. Con sus amigos Sally, Page, Maine y Roberts, todos artistas que vivían en los diferentes pisos de la casa, transcurría el tiempo de un modo delicioso, y a los acordes casi siempre, de la música del charlestón.

Entre las muchachas que habitaban en la casa estaba Juanita King, una joven

huérfana que se dedicaba a la pintura de retratos y a quien se auguraba un brillante porvenir. Teddy sentía nacer por esta joven — aun entre charlestón y locura —, una pasión más seria que las que hasta entonces había sentido.

El padre de Teddy estaba realmente desesperado ante la conducta de su hijo. Y lo peor del caso era que tenía que pagar muchas veces fuertes indemnizaciones a muchachas a quienes Teddy había dado palabra de matrimonio y que luego no cumplía.

La sumptuosa mansión del señor Ward se veía con alarmante frecuencia invadida por estas engañadas novias de su hijo. Y para que no diesen un escándalo accedía el padre a aquella especie de "chantage" regalando fuertes sumas.

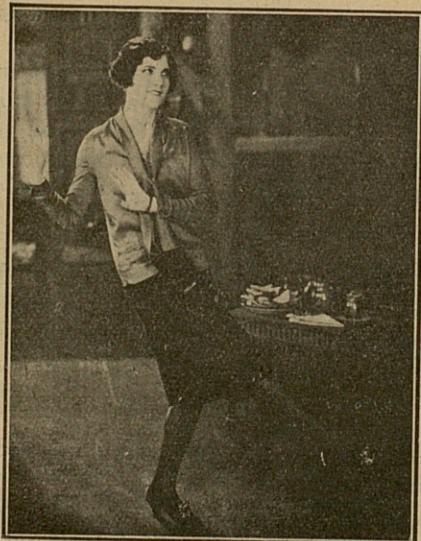
Teddy llevaba algunos meses alejado de su casa, viviendo en el barrio de Greenwich. Su padre para obligarle a sentar la cabeza quería casarle con una bella muchacha, Loris Lane. Quiso que Teddy conociera a esta joven y creyó posible aquella unión que acabaría con las locuras de su hijo.

Las palabras del señor Ward habían acostumbrado a Loris Lane a la idea de que algún día se casaría con Teddy.

A Lorena, la hermana de Loris, le gus-

taba Teddy, aunque, a decir verdad, sentía mayor afecto al dinero del padre que éste.

Cierto día en que el señor Ward tuvo



Juanita King, una joven huérfana....

que pagar un cheque a un muchacha llamada Dotty Sinclair porque, según ella, Teddy la había engañado dándole palabra de matrimonio, Loris y su hermana estuvieron a visitar al rey de los hoteles.

El secretario de Ward acompañó a las dos

jóvenes a presencia del millonario. Loris lloraba con desesperada angustia.

—Oh, señor Ward, vea la carta que me ha enviado su hijo...

El padre leyó las breves líneas escritas por Teddy que terminaban con estas palabras sin esperanza:

“Tengo la seguridad de que convendrás conmigo en que lo mejor es romper nuestro compromiso, pues no parece que estemos verdaderamente enamorados el uno del otro.”

—¡Ese chico! — rugió Ward—. ¿Es imposible, pues, que se enamore de una mujer seria?

—He amado tanto siempre a Teddy... — dijo Loris.

—No te preocupes. Teddy se casará contigo, aunque le pese. ¿Qué se ha creído? Voy a arreglar ahora mismo con él este asunto.

Salió para que le preparasen el automóvil. Las dos mujeres quedaron un momento solas. Vieron un talonario de cheques sobre la mesa y Lorena sonrió. Bueno. No todo estaba perdido. Si Teddy se negaba a cumplir sus compromisos con Loris, el dinero sería un buen agente reparador.

Loris nada dijo, pero tampoco le desagrado la idea de cobrar.

Las dos mujeres abandonaron la casa,

dispuestas a sacar todo el partido posible de su situación.

Poco después salió el señor Ward, quien en el pasillo encontró a Gregorio Thompson, gerente del único hotel que no le daba ningún beneficio.

—Ah, celebro verle, Gregorio! — le dijo—. Voy a dar por perdido y a cerrar el hotel de la Montaña...

—Tiene mucha razón — contestó Gregorio—. Cuando yo no he podido sacar los gastos, dudo que haya quien pueda hacerlo.

—Ya hablaremos otro rato más despacio. Ahora tengo prisa.

Y despidiéndose de él, se dirigió al barrio de Greenwich donde habitaba su hijo.

Entró en el cuarto de Teddy y encontró a éste en compañía de varias muchachas que bailaban. El escándalo era ensordecedor. Le recibieron tirándole almohadones a la cabeza.

Teddy dejó la flauta que estaba tocando y se dirigió hacia su padre:

—Papá, perdóname, pero debo divertirme. ¡Cada cosa a su edad!

—Joven, ya va siendo hora de que te cases y te ganes la vida. ¿Qué significa eso? ¿No te da vergüenza? ¿Cuando piensas trabajar?

—Me alegro, papá, pues ésto es precisamente lo que yo quiero hacer. Aquí ten-

go el gusto de presentarte a mi futura esposa.

Y señaló a Juanita King que era una de



—...tengo el gusto de presentarte a mi futura esposa.

las muchachas que habían estado bailando.

—Tu futura esposa, ¿eh? Hace poco acabo de dejar a Loris... y antes pagué a una muchacha diez mil dólares, porque le habías dado palabra de casamiento. ¿Te parece

bien lo que haces? ¡Arruinarme con tantas mujeres!

—Pero...

—¡No estoy dispuesto a aguantar otro atractivo!

Juanita y sus amigas salieron de la habitación. Juanita, furiosa por la conducta de su novio, corrió a encerrarse en su cuarto.

Teddy quedó desolado.

—No quiero que me hables más así... Desde ahora voy a ser el árbitro de mis propios destinos. Trabajaré.

—Yo me encargo de buscarte trabajo. Pórtate como Dios manda y no tengo inconveniente en que te cases con una mujer esquimal, si este es tu deseo — dijo Ward, malicioso y concertando rápidamente un plan—. Pero, tenlo entendido, si te portas mal, te casarás con Loris Lane.

—Eso nunca. ¿Qué he de hacer?

—Verás. Desde ahora... tú eres el gerente del hotel de la Montaña — dijo sonriendo con perfidia.

—Papá, tú eres un mal intencionado. No olvides que el hotel de la Montaña ha sido toda la vida un mal negocio...

—Nada, el triunfo en el hotel, o tu casamiento con Loris.

—No me desanimo. Lucharé.

Estaba convencido de que su hijo no lo

graría mejorar el hotel y entonces tendría que casarse con Loris.

Ward marchó satisfecho y Teddy fué a reunirse con sus amigos a quienes explicó lo sucedido.

—Quise pasarme de listo y mi padre ganó la partida... El hotel de la Montaña está más muerto que un cadáver, pero si no lo resucito pierdo a Juanita... Estoy seguro de que mi padre ha hecho esto para que no pueda casarme con la mujer que adoro. Pero no lo conseguirá.

Corrió a la habitación de Juanita que, enfurecida por los amores de Teddy, no quiso abrirle la puerta.

Desgustado volvió a reunirse con sus compañeros. Hojearon unas revistas en las que se anunciaba con sencillez el Hotel de la Montaña.

Maine, un amigo pintor, le dijo:

—No me sorprende que el hotel sea un fracaso con un anuncio tan poco atractivo como éste...

—Lo que allí hace falta es atmósfera y mucho anuncio y bien hecho... "jazz", alegría, juventud — dijo Page.

—¡Anunciar! — respondió Teddy—. Ahí está el secreto del negocio... Vamos a ir allá y organizaremos un carnaval de invierno, con hielo, regatas de balandros sobre el hielo y todo lo demás...

—¡Admirable, admirable! Ahora pienso que triunfarás — dijo Maine.

Y para aquella misma noche concertaron el viaje al hotel de la Montaña.

Marchó Teddy con todos sus amigos de pensión... Juanita no quiso seguirle. Se mantenía aún furiosa contra aquel muchacho que había tenido otros amores. Alegó que tenía mucho trabajo.

Teddy no creyó que fuera definitivo aquel rompimiento. El y Juanita se amaban demasiado para que les separara una cosa antigua sin importancia. Y además él iba al hotel para ganar definitivamente a Juanita.

**

El hotel de la Montaña era un lugar realmente fúnebre. Permanecían allí constantemente como huéspedes algunos viejos que jugaban a la lotería o soñaban, obligando a tocar a dos ancianos músicos canciones que hacen llorar como un pucherero.

Randy Furness y Bobby Sterns, que habían llegado la noche anterior, se disponían a marcharse ante el ambiente de velatorio que reinaba en el hotel. Ni en un funeral de tercera...

Pidieron la cuenta en el "bureau".

—¿Llegaron ustedes anoche y ya se van?
— les dijo el conserje.

—Llegamos anoche por equivocación... Esto es una sucursal de la muerte.

Pero de pronto se escucharon grandes carcajadas y entró en el hotel un grupo de muchachos de ambos sexos saltando con alegre despreocupación.

—¡Caramba! ¿qué es eso?... ¿Existe por fin la alegría? — dijo Furness al conserje—. En ese caso nos quedaremos.

Y como viesen a Teddy y a sus compañeros que iban a firmar al "bureau" se acercaron a ellos para ofrecerse como amigos.

En aquel mismo instante sellaron su amistad.

Los viejos clientes que conceptuaban aquel hotel como un remanso de paz arrugaron el entrecejo al ver aparecer la caravana juvenil...

Sally, una de las muchachas, se acercó al vejete que tocaba el piano y le dijo:

—Abuelito, tócanos algo que nos haga entrar en calor... Nos hemos enfriado con el viaje.

Pero como no sabía más que cosas tristes, le obligaron a dejar el piano, poniéndose en su lugar la muchacha, que comenzó a tocar un baile de moda.

Charlestón... Charlestón...

Gregorio Thompson, el administrador del hotel, se presentó poco después y quedó sorprendido al ver la algazara que reinaba en aquel sitio por lo regular tan apacible.

—Como le avisó mi padre — le dijo Teddy —, he venido a hacerme cargo de la gerencia del hotel... Mis amigos se quedarán aquí conmigo...

En vano Gregorio intentó protestar; el muchacho se convirtió en el único dueño.

Aquel día fué de verdadera agitación en el hotel. Eran más de una docena de jóvenes, dispuestos a vivir alegremente y a organizar carreras de alpinismo.

Teddy comenzó su propaganda de publicidad. Vestidos todos los jóvenes con trajes de "sports" les sacó unas fotografías para que sirvieran de anuncio del hotel.

Uno de los viejos clientes se unió a la pandilla de muchachos. Estaba harto de oír hablar de retíma y de cosas tristes y deseaba la animación de la juventud. Y a pesar de las protestas de los demás apergaminados huéspedes, se unió definitivamente con los jóvenes.

Así pasaron los días... Nunca hubo tanto alboroto en el pequeño hotel. Teddy estaba encantado... Se hallaba seguro de que en breve el establecimiento se vería lleno de gente, atraídos por sugestivos anuncios... Y ésto significaba que Juanita sería su esposa. Aunque la había dejado en Nueva York estaba convencido de que ella le quería.

Algunas personas ancianas, ante el bullicio que reinaba por doquier, se dispusieron a marchar.

—Arréglenos la cuenta en seguida... — di-

jerón a Gregorio—. No queremos pasar otra noche en este manicomio.

Y Gregorio vió con dolor que partían aquellos clientes que eran casi vitalicios.

—Estas tonterías tienen que terminar — le dijo a Teddy—. Basta de griterío, charlestón y cantos... Está usted espantando del hotel a todos los parroquianos que pagan... La gente que está con usted no pagará ni un céntimo.

—Pero hará que vengan los demás... Al tiempo...

Y llamando a sus amigos y al vejete de espíritu mozo, que vestían todos trajes de alpinista, se dirigieron a la montaña a entrenarse para futuras carreras de skees. Con delirante entusiasmo todos se entregaron al deporte sobre la nieve.

Gregorio telefoneó al padre de Teddy que se encontraba hablando con Loris y Lorena. Aseguraba a estas muchachas que su deseo era ver casado a Teddy con Loris. Si había mandado a su hijo al Hotel de la Montaña era con el deseo de que fracasase y de este modo no pudiera casarse con Juanita.

Gregorio le dijo por teléfono:

—Su hijo está arruinando el negocio... Ha traído aquí unos cuantos mozalbetes alocados y todos nuestros viejos clientes se han marchado...

—¿Es posible?

—Y además, acabo de enterarme de que

ahora ofrece un cheque de diez mil dólares al vencedor en una regata de balandros que está organizando.

—Bien... bien... ya tomaré mis medidas...



...se entregaron al deporte sobre la nieve...

Dejó el aparato y comunicó a las dos hermanas lo que ocurría.

—La cosa marcha exactamente como yo esperaba... Ahora mismo voy a dar aviso al Banco que no pague el cheque... El no tendrá más remedio que casarse contigo, Loris.

—Así lo espero...

—De todos modos no sería tan mala idea que esta noche marchases al Hotel de la Montaña con mi secretario... ¿Qué os parece?

Unas horas después el tren conducía a las dos hermanas y al secretario de Ward al lejano Hotel de la Montaña.

**

Loris y Lorena y el secretario llegaron al establecimiento. Quedaron sorprendidas al ver por doquiera, en los adrededores del balneario, grandes fotografías con escenas de alpinismo y estos sugestivos letreros:

Hotel de la Montaña.

Juan Ward, Propietario.

Lugar de la juventud hechicera.

Carnaval de Invierno y Fiestas de Hielo.
Primer premio consistente en una bolsa de 10.000 dólares ofrecida por el hotel de la Montaña.

Las dos jóvenes mostraron su indignación. Sabían que si Teddy triunfaba en aquella empresa el padre le concedería permiso para que pudiera casarse con Juanita. Y era preciso evitarlo...

Y llegaron al hotel dispuestas a comenzar su plan contra el triunfo del mozo.

Una hora más tarde, Maine comunicó a Teddy, que acababa de entrar en el hotel después de una pintoresca excursión por los alrededores:

—Ha llegado el secretario de tu padre y me ha dicho que no estaba conforme con lo que

tú estabas haciendo aquí... Y además, ¿qué significan esos rumores que corren de que se han suspendido la regata? ¡Después de haberla anunciado! ¿No comprendes el fracaso?

Teddy respondió melancólico:

—Hoy todo son malas noticias, chico... Sí... se ha suspendido la regata de hielo. Mi padre ha avisado al Banco que no pague el cheque del premio y ha cerrado su cuenta corriente.

Furness, uno de los jóvenes que por casualidad habían ido al hotel, se acercó a Teddy para pedir la inscripción en la carrera. Teddy, tristemente explicó lo que sucedía. Pero el otro quiso sacarle del apuro.

—No te preocunes. Tengo el balandro de hierro más rápido del país. Entraré en la regata, ganaré el premio y no habrá que pagarle los diez mil dólares a nadie...

—Todo esto no está mal... pero hemos agotado el dinero para la propaganda y es preciso que venga mucha gente.

—Es verdad. Mas, ¿por qué no traes al hotel de la Montaña algunas estrellas cinematográficas? Tengo la seguridad de que ello atraería a mucha gente.

—No está mal pensado ...

Una mujer avanzó hacia ellos. Era Loris.

—¿Tú aquí, Loris? — dijo Teddy. — Eres la persona que menos esperaba.

—No estoy resentida contigo, Teddy. He venido para ayudarte.

—Es extraño...

—No te guardo rencor...

Entonces él, que no podía adivinar por qué motivos se encontraba su antigua amiga allí, sin dar importancia le explicó todo lo que proyectaba.

—¿Quién sabe si yo podré ayudarte a traer las estrellas!... Conozco a Pola Negri.

—Sí... sí... tú me ayudarás, ¿verdad, Loris?... Al fin y al cabo somos buenos amigos. En cuanto a lo otro, desdichadamente no congeniábamos, ¿verdad?

—Yo todo lo olvidé — dijo ella fríamente. — He venido únicamente por curiosidad, para saber cómo trabajas...

—Te lo agradezco...

Y puso en ella la mayor confianza, sin comprender que Loris y su hermana Lorena estaban allí deseosas de que el muchacho se estrellara en sus proyectos.

Unos días después, Juanita King, que se encontraba en Hollywood, recibía retransmitida de Nueva York esta carta.

“Mi querida Juanita: No puedo olvidarte. Esta mañana he encontrado este recorte del periódico que habla de ti en el “Times”. Me apura terriblemente que no estés a mi lado. Tú sabes que te amo tanto... Tuyo
Teddy”

El recorte decía:

“La señorita Juanita King, ventajosamente

conocida en los círculos artísticos de Nueva York y especialmente en Greenwich Village, ha sido contratada por la empresa Famous Players Lasky Corp., para dibujar apuntes al natural de Gloria Swanson, Tomás Meighan, Bebé Daniels y Adolfo Menjou".

Juanita sonrió. ¡Pobre Teddy! Cuando ella hubiese terminado sus trabajos le llamaría para perdonarle.

**

Sería más fácil tomar el desayuno en la cama con el rey de Inglaterra que convencer al portero de un estudio cinematográfico de que a uno le franquee la entrada.

Teddy, su amigo Maine y Loris habíanse dirigido a Hollywood con el ánimo de invitar a las estrellas cinematográficas.

—Queremos ver a Pola Negri —dijo Loris al portero.

—La señorita Negri está en California.

—Entonces... ¿nos permitirá que hablemos con Richard Dix y Tomás Meighan...?

—No es posible... Hagan el favor de retirarse... Aquí no se pueden admitir visitas.

Acertó a pasar en aquel momento uno de los artistas, y Loris le reconoció:

—¡Qué casualidad. ¿No es usted Chester Conklin?

—El mismo.

—Señor Conklin — dijo Loris, mimosa—, queremos entrar en el estudio a hablarles a las estrellas.

Y a pesar de las protestas del portero, Conklin los introdujo en los estudios.

Todo les sorprendía a Teddy y a sus acompañantes. Vieron a Richard Dix y a Lois Wilson que estaban "posando", y luego a Tomás Meighan y Lila Lee que interpretaban una escena de película.

De pronto Teddy descubrió a Juanita King retocando unos retratos de artistas. La emoción de los dos jóvenes fué enorme. Corrieron a estrecharse las manos.

—¡Qué casualidad, Juanita!

—Y tú, ¡quién iba a pensar verte por aquí!

Teddy presentó a Loris y a Maine. Loris contempló altivamente a Juanita comprendiendo que ella su rival en amor.

—¿Y a qué has venido? — preguntó Juanita a Teddy.

—A invitar a los artistas para las fiestas del hotel de la Montaña. Mira, ¿qué te parece el anuncio que tengo redactado?

Y le dió a leer esta nota:

"Lois Wilson, Clara Bow, Lila Lee, Tomás Meighan, Richard Dix y Adolfo Menjou, se encuentran entre las celebridades de la pantalla que asistirán a las grandes fiestas de invierno organizadas por el hotel de la Montaña, con las cuales se inaugura la temporada invernal. Habrá regatas de ba-

landros en el hielo y otros acontecimientos realmente interesantes."

—Está bien. ¿Pero conseguiréis que vayan? ¡Están tan ocupados los artistas!

Fueron a visitarles, y como temió Juanita, los artistas se excusaron alegando otros compromisos.

Desgustado, Teddy dijo a Juanita:

—Otra buena idea malograda. ¡Estos anuncios no sirven ahora para nada!

Y arrugó y tiró al suelo la nota que llevaba escrita. Loris, que seguía a corta distancia de la pareja, recogió el papel y sonriente lo ocultó en su bolso.

Buscaba el medio de hacer fracasar a Teddy y lo conseguiría...

Teddy suplicó a Juanita que se fuera con él. Le pidió perdón, le aseguró que estaba dispuesto a triunfar exclusivamente por ella.

—Te perdono de corazón, pero... ¿por qué has venido con otra mujer? — dijo ella.

—Es una candidata de papá, pero no temas. Te amo a ti únicamente. He emprendido un negocio y lo veré terminado. ¿No quieres acompañarme al hotel, Juanita?

—No es posible. Debo acabar unos retratos. Tan pronto termine, iré a tu encuentro.

Se despidieron, después de proclamar su

reconciliación con un beso. Y Teddy con Maine y Loris emprendió el regreso al hotel de la Montaña.

Iban cabizbajos. Su fracaso era rotundo. Sin la presencia de los artistas de la pantalla, ¿conseguiría llenar el hotel?

Transcurrieron unos días. Los preparativos para el Carnaval del Hielo proseguían con gran actividad en el hotel de la Montaña.

Teddy y sus amigos recibieron una gran sorpresa al leer en los periódicos el anuncio de que numerosos artistas de cine visitarían el hotel.

El suelto era casi igual al que había redactado Teddy y que Loris había recogido del suelo en el estudio. Daba ya por segura la visita de las estrellas para la víspera de las regatas.

—Pero, ¿cómo puede ser esto? — gritó. — ¿Quién ha mandado esta nota?

Y como viera que Loris se echaba a reír, le dijo, sospechando la verdad:

—¿Has sido tú la autora de esto? ¡Apostaría cualquier cosa a que has sido tú!

—¿Yo? No, hijo mío. ¿Cómo quieres que dijese tal mentira?

Y salió del hotel para reír a sus anchas. Sí, había sido ella, con el ánimo de poner en grave aprieto a Teddy y desacreditar el hotel. Con las ganitas que tenía que se hundiese de una vez.

Y allá en Hollywood, Juanita y algunos artistas también comentaron la inserción del sueldo.

—¡Yo no sé cómo el periódico ha publicado esto! — dijo ella.

—¡Pobres muchachos! — exclamó Richard Dix—. ¡Qué apurados van a estar cuando se den cuenta de que no vamos!

—Lo siento por Teddy — decía Juanita—, pero no me cabe en la cabeza que hayan publicado tal noticia. ¡Qué absurdo!

Mientras tanto en el hotel, Gregorio, el antiguo director, estaba asombrado ante la cantidad de telegramas que se recibían pidiendo habitaciones para los días de Carnaval, ante el anuncio de que estarían los artistas de la pantalla.

Teddy se encontraba en un verdadero apuro.

—¿Qué hacemos ahora? La gente se llamará a engaño y estoy convencido de que me meterán en la cárcel — decía a sus amigos.

—Ahora ya es tarde para decirle a la gente que no venga — indicó Maine—. No te apures. Yo me encargaré de que no nos falten estrellas.

Media hora después, Maine y algunos de sus compañeros, alegre y radiante juventud que a nada tenía miedo, se presentaron ante Teddy. Habían adquirido vestidos y maneras que les daban un vago, un

lejano aspecto con los artistas de la pantalla.

—Aquí tiene a su Lois Wilson — dijo Sally.

—Y aquí está Richard Dix.

—Y aquí Adolfo Menjou.

—No hay duda de que nos saldremos del compromiso. ¿Quién va a notar la diferencia?

—Pero, ¿y si la gente se da cuenta de que todo es una farsa? ¿Qué va a ocurrir entonces?

—Tendremos cuidado de que no se descubra.

El secretario de Ward, Gregorio, y Loris y Lorena Lane, ignoraban aquel proyecto. Con profunda alegría esperaban acontecimientos. Cuando aquella noche, víspera de carreras, a la hora de la cena, los clientes pidiesen en el hotel la presencia de los artistas, el escándalo sería indescriptible al ver que era falsa la noticia de su viaje.

El anuncio de las regatas de balandros y de la asistencia de las estrellas llevó al hotel de la Montaña una multitud enorme de curiosos.

Los clientes en el gran comedor esperaban que apareciesen las estrellas cinematográficas. No podían tardar...

Los jóvenes que debían representar los papeles de artistas se hallaban escondidos

en un cuarto en espera del dramático instante de aparecer.

Las dos hermanas Lane, el secretario y Gregorio, no ocultaban su contento. ¡El acabóse! ¡Iba a armarse allí la de San Quintín! Teddy ante la burla quedaría desacreditado para siempre.

Los huéspedes, aquella noche, después de la cena, comenzaron a dar muestras de impaciencia. ¿Dónde estaban los artistas?

—Se va haciendo tarde — preguntó riendo el secretario de Ward a Teddy—. Y todavía no he visto una sola estrella.

—No tardará en verlas...

Y comprendiendo que no había otro remedio, Maine, Sally y los otros amigos, vestidos al estilo propio de cada uno de los artistas de cine que imitaban, se dirigieron a un palco del gran comedor.

No había mucha luz. Las falsas estrellas aparecieron en el salón siendo ovacionados. Nadie reconoció la falsedad.

—¡Qué diferentes se ven fuera de la pantalla! ¡Parecen otros! Pero, sin embargo, son ellos, sí, son ellos.

Loris, su hermana y el secretario, al ver aparecer a los falsos cómicos, comprendieron que allí se estaba representando una farsa. ¿Cómo era posible que los artistas estuviesen allí? Corrieron al libro de entradas del hotel y vieron que ninguno figura-

ba registrado. Entonces acercándose más y más, se dieron cuenta del cambiazo.

¡Ah, diablo! ¿conque los artistas eran los amigos de Teddy? ¡Bien, farsante! Llamaron a Teddy, y el secretario le dijo:

—¡Eche inmediatamente a estos Valentinos fuera del palco! ¿Cómo se ha atrevido usted a burlarse de todo el público? ¿Qué va a decir su padre?

—Por qué has hecho esto, Teddy? — dijo la malévola Loris.

—Y a vosotros qué os importa? He contestado con vuestras armas desleales. Eres tú, Loris, quien puso el anuncio. Y yo, continú tu farsa.

—Yo no hice nada. Y tú en cambio comprometes el nombre del hotel.

—No discutamos más — dijo Gregorio, el antiguo director—. O retira usted inmediatamente a esos artistas de pantalla o anuncio a todo el público que usted le ha engañado.

En aquel instante llegaron dos automóviles y descendió de ellos Juanita King acompañada de Menjou, Richard Dix, Percy Marmont, Clara Bow y otros artistas. Pero todos auténticos, de verdad.

El asombro de Teddy y sus compañeros fué indescriptible.

—Teddy — dijo Juanita—, les rogué que viniesen sólo por una noche para que tú

no quedases mal con tu padre y con tu gente.

—¡Oh, Juanita, qué buena eres! ¡Acabas de salvarme de verdad!

Corrió a saludar a los verdaderos astros de la pantalla, mientras uno de los amigos de Teddy corría al palco a advertir a los falsos artistas que desapareciesen en el acto, pues habían llegado los auténticos.

Aquellos farsantes abandonaron el salón ante la extrañeza del público y poco después entraban de nuevo ya los legítimos triunfadores de la pantalla, que luego de descansar breves momentos en un palco, pasearon por la sala, hablando con el curioso público que se enorgullecía de estrechar la mano de sus favoritos.

Teddy estaba radiante de felicidad. Gracias a Juanita, a la novia amada, él había podido salir del compromiso.

En cambio, las hermanas Lane, el secretario de Ward y Gregorio, tuvieron que ocultar su definitiva derrota.

**

Al día siguiente, se celebraron las carreras. Los artistas de cine volvieron a su estudio. Les era imposible permanecer por más tiempo allí. Pero aún sintiéndolo, el público se conformó con presenciar las carreras sin ellos.

Unas horas antes de comenzar las regatas, llegaron dos policías, quienes advirtieron a Teddy que sabían que el cheque que el joven tenía prometido al vencedor de las carreras, no era bueno, pues carecían de fondos en el Banco para abonarlo.

La obra del secretario de Ward y de su pandilla continuaba.

—Si el cheque es malo, como me han dicho, un par de años de cárcel no habrá quien se los quite — gritó el sheriff.

—Le aseguro a usted que eso no es verdad.

Teddy fué a contar a Furness lo que ocurría.

—¡Por Dios y todos los santos, no pierdas la carrera! ¡Sería mi ruina!

—¿Perder yo la regata? ¡No hay ni que pensar en ello!

Unas horas antes de empezar, se presentó la inscripción del joven duque Slade, el campeón mundial de balandros de hielo.

La noticia horrorizó a Teddy y a sus amigos. ¡Ay, la presencia de Slade, qué miedo les daba! ¡Suerte que Furness era buen corredor!

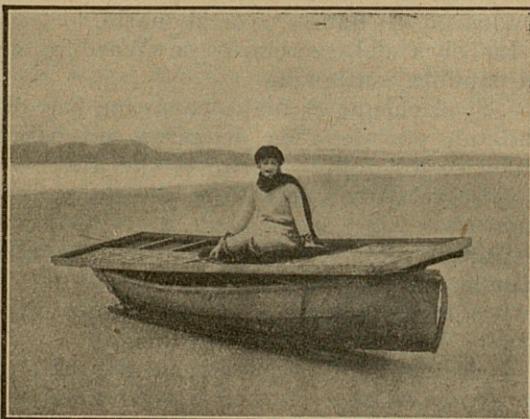
Pero cuando Furness se enteró de que Slade tomaba parte en la regata, se le puso la piel de gallina. ¡Era un rival terrible!

Slade, mirándole burlonamente, le dijo junto a su balandro:

—Furness, he tenido mejor suerte de la

que yo esperaba... Diez mil dólares y un palo en la cabeza para ti... si te metes en mi camino y no me dejas el paso franco.

Para las once estaba anunciada la rega-



...había querido presenciar la carrera.

ta. Teddy y sus amigos no las tenían todas consigo. ¡Ay, si perdían! Les esperaba a todos la cárcel por no cumplir sus compromisos.

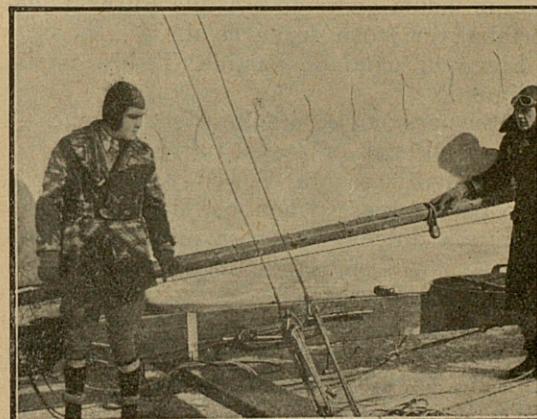
Juanita había querido presenciar la carrera, retrasando su vuelta a Hollywood.

Los balandros se preparaban para el instante de partir. Algunos los ocupaban lindas muchachas...

Loris y sus cómplices presenciaban la

carrera con un afán de que perdiese Furness.

Los balandros estaban ya alineados. La mayor parte los conducían gente novata



—Dentro de un minuto estaré aquí de vuelta.

que no podían pensar ni remotamente en alcanzar el premio. La lucha quedaba reducida a Slade y a Furness.

Este temblaba ante las amenazas de Slade. Faltaban únicamente unos minutos para dar la señal de marcha, cuando Furness dijo a Teddy y a sus compañeros:

—Me he olvidado los anteojos en el ho-

tel. Dentro de un minuto estaré aquí de vuelta.

Y comenzó a correr sin atender las voces de sus amigos.

Pero pasó un minuto y dos y cuatro. Lo que había ocurrido era que Furness desertaba, temeroso de su rival.

Llegó la señal de partida. Teddy estaba indignado.

—Furness cogió miedo y se marchó —decía—. ¡Pero yo le sustituiré!...

Comenzó la regata. Y Teddy, dispuesto a todo para salvar su honor y después de recibir una dulce y valerosa mirada de Juannita, se lanzó en el balandro hacia la conquista de la victoria.

Pronto los demás balandros se quedaron atrás y la lucha se redujo únicamente a los de Teddy y Slade.

Teddy avanzaba... como en alas del amor. Pronto alcanzó a su contrario que había salido con mayor empuje... Se respiraba la emoción de la incertidumbre.

El señor Ward acababa de llegar a las carreras. Enterado de que se celebraba aquel torneo, había querido presenciarlo. Y al saber ahora que su hijo dirigía uno de los balandros, no pensó ya en que convenía que Teddy fuese derrotado y el hotel se hundiera, para que no se casase con Juannita, sino con Lory; lo que le interesaba a

él, era el triunfo de su hijo, la gloria de su apellido.

Y siguió con el corazón anhelante el resultado de la carrera.



Abrazó a su novia...

El esfuerzo de Slade fué inútil... Teddy llegó primero a la meta. Estaba ya salvado. No tenía que dar a nadie los diez mil dólares prometidos. ¡Por segunda vez se había salido del compromiso!

Abrazó a su novia y al reconocer a su padre corrió hacia él y le estrechó en sus brazos.

—Papá, papá... todo ha ido bien. Tie-

nes el hotel lleno, acreditado. No cabe ya más gente. Acuérdate de lo que me prometiste... Y a pesar de todos los obstáculos he triunfado. Mi voluntad ha sido siempre mayor que todo lo demás.

Y el señor Ward, conmovido por los aplausos con que era acogido su hijo, accedió de corazón, renunciando para siempre a la idea de que Teddy se casara con Loris.

¡Oh, su hijo! Al fin y al cabo era un gran negociante. Lo que nadie había podido conseguir, lo había logrado él. Acreditar el establecimiento.

Y otorgó su bendición paternal, mientras Loris y su hermana se retiraban furiosas discutiendo la indemnización que deberían reclamar por su derrota definitiva.

Y aquella noche en el hotel de la Montaña se festejó un primer noviazgo.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO.
ESCLAVA DEL PASADO
 por GLORIA SWANSON

Por error apareció en el número del martes, día 22, de la PARAMOUNT, el número 24, debiendo ser el 23.

Ediciones
BISTAGNE

